

UN RUSO EN EL TELÉFONO

Víctor Meza

Fue en diciembre de 2009, en la sede de la embajada brasileña en Tegucigalpa. Por mi condición de negociador del Presidente Manuel Zelaya tenía libre acceso – decir libre, es un decir – a la sede diplomática. Estábamos discutiendo posibles opciones para su salida de la embajada, cuando sonó el teléfono. Era el corresponsal en México (extensiva su cobertura a Centroamérica) del diario ruso, antes soviético, Izvestia, que en idioma ruso quiere decir Noticias. Quería, como era de esperar, conocer la opinión del presidente Zelaya sobre los últimos acontecimientos (elecciones y voto cómplice y golpista del Congreso Nacional en contra de la restitución del presidente constitucional) y, por lo mismo, hablar directamente con él. Manuel Zelaya estaba en ese momento atendiendo una llamada internacional, de un presidente sudamericano, lo que, por lo demás, era muy común durante su estancia en la embajada de Brasil. Me pidió que atendiera la llamada y resolviera sobre la solicitud del periodista ruso. Lo hice. Pero lo hice en ruso, que es mi segundo idioma, lo que, como es lógico suponer, provocó el asombro inmediato del periodista de Izvestia y la risa incontrolable del presidente Zelaya.

El ruso no acababa de entender cómo era posible que alguien le contestara en su idioma desde la embajada –refugio de Zelaya. Al principio creyó que era una emboscada de los servicios de inteligencia locales. Vaya valoración tan excesiva, creer que tenían semejante capacidad. Luego, hablando conmigo, se dio cuenta de lo que se trataba y quién era yo. Por lo tanto, empezó a hablar con más confianza y pudimos darle una entrevista satisfactoria a su curiosidad profesional en el idioma de sus padres. Al concluir la entrevista, el presidente Zelaya se reía pensando en las atribuciones y problemas que tendrían los policías y militares encargados de descifrar todas las grabaciones que cada día hacían de las conversaciones con el personal de la embajada de Brasil en Tegucigalpa y con los interlocutores extranjeros. En medio de la

tragedia, Manuel Zelaya, cosa muy común en él, conservaba el suficiente humor para reírse de sus enemigos y adversarios.

Esa era una manera inteligente y habilidosa para ir superando la crisis, sobrellevando aquella incómoda situación de encierro y hostigamiento. Recuerdo que el presidente Zelaya empezó a leer los libros que encontró en la biblioteca de la embajada, entre los cuales destacaban algunos de autores hondureños y, en particular, una colección de discursos del ex presidente liberal Ramón Villeda Morales. Zelaya comenzó a diseñar una visión diferente del liberalismo tradicional, buscando siempre una difícil coincidencia ideológica entre el liberalismo clásico y el socialismo moderno, un esfuerzo por reconciliar los modelos de libre producción con los afanes de planificación y redistribución equitativa de los recursos e ingresos. No siempre fue posible lograr la coincidencia ni, debo decirlo, tuvo el tiempo y la tranquilidad suficientes para hacerlo. Pero lo intentó y lo sigue haciendo. Me consta.

Ojalá que la entrevista con el periodista ruso y la redefinición ideológica de mi amigo Manuel Zelaya produzcan los mismos resultados: una mejor información y un más claro alumbramiento sobre el destino político de nuestro país. Ojalá.